



La poesía de José Asunción Silva

Temas y vasos comunicantes

Abelardo Leal Hernández*

La poesía de José Asunción Silva es un grito. Un grito que parte el silencio y desnuda el alma del poeta. Alma cargada de sueños, angustias, esperanzas y deseos. Su poesía es un trasunto de su vida, de sus palpitaciones, de los sentimientos que lo anegan como olas impetuosas. Ella lo condena y lo libera. Es su amante. Y su consuelo frente a los interrogantes y pesadumbres que lo acechan. Pero es también su vicio, y no puede liberarse de él porque circula por sus venas, es él mismo.

Los objetos que contempla, los paisajes que absorbe con sus ojos, las ensoñaciones, las visiones, ejercen en él una especie de embrujo, de encantamiento, de ansias de capturarlos en el verso, para así capturar en él su alma, el gusto que siente por el ejercicio de hacer música de ellos: “Si os encerrara yo en mis estrofas,/ frágiles cosas que sonreís,/ pálido lirio que te deshojas,/ rayo de luna sobre el tapiz” (Silva 18).

Las cosas tienen una voz, una voz que es la poesía. Son poéticos los besos, los sueños, las sombras. Irradian poesía. Quien las ve con los ojos del verso, quien las ve con los ojos del

poeta, aprecia la poesía que entrañan y desea extraerla de ellas para estamparla en la hoja y así gozar con su música desembarazada.

El verso es así un vaso, un “vaso santo”, como el mismo Silva lo expresa, donde se vierten pensamientos puros, que lo son porque suponen desnudar el alma, desfogar los sentimientos de manera límpida, sincera, descarnada. En él se pueden retratar, y rescatar, tristezas y alegrías, y tiempos pasados que todavía brillan en la memoria, y que son “recuerdos deliciosos de tiempos que no vuelven” (Silva 9), es decir, la infancia; pero también mediante ella se pueden recrear placeres o bellezas que son como “nardos empapados en gotas de rocío” (Silva 9). Para curar la sobriedad de la existencia, para adornarla de gracia, de vino, de fuerza, se apura, o se debe apurar, el bálsamo del verso: “Para que la existencia mísera se embalsame/ como de esencia ignota,/ quemándose en el fuego del alma enternecida,/ de aquel supremo bálsamo: basta una sola gota” (Silva 9).

El pensamiento también es poesía. El pensamiento que establece, o descubre, la metáfora y

* Candidato a Doctor en Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Salamanca. Poeta.



Tomada de <http://www.morguefile.com>

el símil. Silva sabe que la reflexión y la meditación sobre los fenómenos del mundo, así como de la naturaleza humana, son vetas de poesía. De esta manera, dichas reflexiones van construyendo la poesía, y mediante el verso alcanza a expresarlas con la debida música que asegura su permanencia en el tiempo.

Los temas que Silva maneja son el amor y la nostalgia ante el tiempo pasado, cuando la ingenuidad connotaba alegría. Asimismo, su poesía encierra fatalidad; fatalidad de sentimientos, tiempos, acciones, recuerdos, amores, experiencias, deseos y, por supuesto, fatalidad del cuerpo. En sus versos, el humor está representado mediante la ironía y la mordacidad.

Sus nocturnos conjugan el amor con la fatalidad, con la tristeza y la nostalgia que produce melancolía. El poeta evoca el placer amoroso vivido con la amada de veinte años, en un marco campestre y sombrío, lo que agrega la idea

de niebla, soledad y muerte: “La selva negra y mística fue la alcoba sombría,/ en aquel sitio el musgo tiene olor de reseda” (Silva 5). La amada misma es melancólica. No se explica por qué. Acaso por su concepción de la existencia, acaso porque su forma de ser y sentir es de este carácter; a su vez, el poema conjuga el amor con los recuerdos, que brillan rescatando el tiempo feliz y ya perdido: “¡Ah!, de las noches dulces me acuerdo todavía./ En señorial alcoba, do la tapicería/ amortiguaba el ruido con sus hilos espesos,/ desnuda tú en mis brazos, fueron míos tus besos;/ tu cuerpo de veinte años entre la roja seda,/ tus cabellos dorados y tu melancolía” (Silva 5).

Pero del amor se pasa al llanto, de los besos a la muerte. La felicidad y el placer están cercanos al sufrimiento, al silencio, a la soledad. El poeta da paso a los primeros besos, luego a la cópula de los cuerpos como llamas deseosas

de fundirse; y después a la tristeza por la pérdida de la amada. Todo está tan cerca, tan junto, que no se sabe si el placer anuncia la muerte. La atmósfera del amor, la atmósfera de la dicha, está matizada por un “olor de reseda”, y la de la muerte también, lo que da a entender que vida, amor y muerte ostentan vasos comunicantes: “¡Tú, mustia, yerta y pálida entre la negra seda,/ la llama de los cirios temblaba y se movía,/ perfumaba la atmósfera un olor de reseda,/ un crucifijo pálido los brazos extendía,/ y estaba helada y cárdena tu boca que fue mía!” (Silva 5).

La mortaja de la amada es negra, como el lecho sombrío donde se amaron. La niebla, que es melancolía, estaba presente desde el marco amoroso, y ahora se desborda. La belleza de la amada se ha extinguido, la belleza que antes adoró. Silva recalca la fugacidad de la existencia y de la belleza; el viento parece arrastrarlo todo hasta la muerte que es eterna, eterno silencio, eterna soledad, mientras que el placer, el amor, la vida misma, son volátiles. Esta destrucción de la belleza, este paso de la juventud a la vejez, es una preocupación constante en Baudelaire, quien hace poesía de la vejez, de la muerte, del tiempo que se fuga y deja ruina en el cuerpo y alma de las personas: “¡Esos monstruos deformes fueron antes mujeres!/ ¡Lais o Epónima, amémosles! Rotos y contrahechos,/ son almas todavía estos trágicos seres!” (Baudelaire 293). “¡A ti que fuiste un día la belleza o la gloria,/ ¡nadie te reconoce!” (Baudelaire 297).

La poesía de Silva bebe de la de Baudelaire. Liba de ella también la fatalidad que la persigna. Silva, como Baudelaire, resalta el amor, pero lo envuelve en un manto trágico, el de la muerte, bien del cuerpo, bien del mismo sentimiento amoroso en el poeta o en su amada. Cuando Baudelaire dice a su amada que es hermosa y la ama, pero le recuerda que será como la carroña que ven en el camino, es decir, fea, destrozada por el tiempo y por la muerte, está compagiándose con la poesía de Silva, o mejor, Silva se compagina con su poesía al retomar estos elementos de belleza-muerte-fealdad, y anclarlos en sus versos: “¡Ay!, un día serás como aquella basura,/ como aquella horrible infección,/ oh estrella de mis ojos, oh sol de mi llanura,/ tú,

Silva, como Baudelaire, resalta el amor, pero lo envuelve en un manto trágico, el de la muerte, bien del cuerpo, bien del mismo sentimiento amoroso en el poeta o en su amada.

mi ángel y mi pasión (Baudelaire 285)”. Así las cosas, toma la poesía de Baudelaire como referencia en sus temas, pero también toma, o se nutre, de su pensamiento para construir el propio. En consecuencia, la idea de la fatalidad y la fugacidad de la existencia, así como de los goces o placeres, son reflexiones centrales en la obra poética tanto de Baudelaire como de Silva. Silva muestra el tiempo como villano, como lo hace Baudelaire. Silva asocia el tiempo con la muerte al igual que Baudelaire, quien considera que: “El tiempo es un tahúr que gana y no se sacia” (Baudelaire 291). El tiempo gana porque nos destruye; no se sacia porque, no conforme con destruirnos físicamente, destruye los recuerdos. El tiempo es olvido y el olvido, muerte.

Baudelaire, no obstante, canta a la belleza femenina. No solo canta a los siniestros, también tiene un espacio, aunque menor, para resaltar lo hermoso de la vida: “La risa juega en tu semblante/ como un viento fresco en la altura” (Baudelaire 307).

El poeta vuela con su imaginación y su pensamiento; pero este mismo pensamiento, y la

realidad en que se mueve, lo abofetean. Le muestran que una cosa es el mundo onírico y otra el mundo de los hombres y el destino. Las adversidades campean a sus anchas. El mundo de los sueños se estrella contra el real, que se encarga de derrumbarlo en el plano fáctico; es un pájaro, un albatros rey de los aires, y preso y miserable en la tierra: "El poeta es igual... Allá arriba, en la altura, / ¡qué importan flechas, rayos, tempestad desatada! / Desterrado del mundo, concluyó la aventura: / ¡sus alas de gigante no le sirven de nada!" (Baudelaire, *Las flores del mal* 20).

La poesía de José Asunción Silva asimismo encuentra raíces en la de Paul Verlaine. Ambos se conocieron durante un viaje que Silva hizo a París. La poesía de Verlaine, como la de Silva, saluda la tristeza. Es melancolía vuelta canto: "Largos sollozos / de los violines / que otoño afina / hieren mi alma / de una incurable / melancolía" (Verlaine 339). Pero también es una búsqueda de los sueños anhelados, un suspirar por los deseos que quiere fructifiquen en la realidad: "Un sueño misterioso a veces me sorprende / de una mujer extraña que me quiere y que quiero, / y que no es cada noche la misma mujer, pero / que no es otra tampoco; mas me ama y me comprende"¹.

Verlaine tiene un vacío que cubre, o trata de cubrir, con el verso. Quizá no lo llene, pero puede desfugarlo y expresarlo, ya que consume su interior como un incendio. Al igual que Silva, canta porque el canto crea una música que lo exorciza de la rutina y atiende a su interior; es su confidente. La Poesía es la única que lo escucha en un mundo que no escucha y corre apresurado a estrellarse con la nada.

En otro de sus nocturnos, Silva exalta el amor, que es elevado por la maestría artística de la amada al pulsar con sus manos blancas el piano. Aquí no habla la tristeza, quizá porque si lo hace en todos sus poemas sería retahíla; pero, por sobre todo, debido a que el poeta quiere resaltar la belleza y destreza femeninas, tanto el físico como el interior; que amplía la belleza física. En este poema se encuentran semejanzas con la escritura de Gustavo Adolfo Bécquer, el

gran poeta sevillano de corte romántico. Así, cuando Silva emplea el término "alta noche", está empleando un término también utilizado por Bécquer: "A veces, cuando en la alta noche tranquila / sobre las teclas vuela tu mano blanca, / como una mariposa sobre una lila / y al teclado sonoro notas arranca" (Silva 6). Bécquer, por su parte, emplea este término en uno de sus poemas, muchos años atrás, pues Bécquer fallece en 1870, y Silva en 1896: "Y en el luminoso día, / y en la *alta noche* sombría, / si en todo cuanto rodea / al alma que te rodea, / te creo sentir y ver" (Bécquer 78).

En el mismo poema se aprecia otra coincidencia en los términos empleados, esta vez más en cuanto a la creación y concepción de una metáfora, como es la de comparar las paredes o piedras musgosas con la vejez. Silva así la utiliza: "y en gótico castillo donde en las piedras, / musgosas por los siglos, crecen las hiedras, / puestos de codos ambos en la ventana / miramos en las sombras morir el día, / y subir de los valles la noche umbría" (Silva 6). Bécquer se expresa de esta forma: "¡Cuántas veces al pie de las musgosas / paredes que la guardan, / oía la esquila que al mediar la noche / a los maitines llama!" (Bécquer 96).

Estos dos poetas, tanto Silva como Bécquer, escriben sobre el tiempo, que devora los objetos y a los hombres, así como sus recuerdos. Las influencias de Bécquer en Silva son grandes, aunque se diga que Silva es un poeta de corte modernista. Lo cierto es que su poesía abreva en los temas de Bécquer, como también en sus expresiones. Del modernismo, podría decirse que Silva toma lo formal, las ideas de renovación, pero no llega a emplear ostensiblemente su terminología de cisnes, piedras preciosas, lozas chinas, princesas y atmósferas parisinas. Con Rubén Darío se encuentran, no obstante, semejanzas en cuanto a los términos usados, y a la intención de dichas expresiones; en el poema que se estudia, el poeta declara a su amada que es su paje, esto es, su servidor; ante todo en el campo del amor: "Y soy tu paje rubio, mi castellana" (Sil-

1 Ibidem, poema "Mi sueño familiar".



Tomada de <http://www.morguefile.com>

va 6). Por su parte Rubén Darío, que es contemporáneo de Silva, escribe: “La marquesa alegre llegará al bosque,/ bosque que cubre la amable glorieta/ donde han de estrecharla los brazos de un paje/ que siendo su paje será su poeta”.

La poesía de Rubén habla de la noche, como la de Silva. Sus poemas cantan a la muerte y a la juventud perdida. El tiempo es enemigo, como en Silva. Es enemigo y no obstante es quien permite, con la madurez, reflexionar sobre él y tratar de responder a sus interrogantes: “Quiero expresar mi angustia, en versos que abolida/ dirán mi juventud de rosas y de ensueños,/ y la desfloración amarga de mi vida/ por un vasto dolor y cuidados pequeños”².

La juventud es una ilusión que se pierde como el agua entre los dedos. Es un tesoro por cuanto es pasajero. Si fuese eterna, no tendría el mismo gran valor. Rubén Darío y Silva son

**La poesía de Verlaine,
como la de Silva,
saluda la tristeza. Es
melancolía vuelta
canto.**

conscientes de ello. Lamentan que el tiempo la marchite. El tiempo que es contentivo de la muerte: “Juventud, divino tesoro,/ ¡ya te vas para no volver!/ Cuando quiero llorar, no lloro/ y a veces lloro sin querer”³.

2 Darío, Rubén, poema "Nocturno", en *Antología poética*, Ed. Norma, Bogotá, 1994, p 71.

3 Darío, Rubén, poema "Canción de otoño en primavera", en *Op. Cit.*, p. 72.



Tomada de <http://www.morguefile.com>

La angustia gobierna el alma de Rubén Darío, como la de Silva. En otro de sus nocturnos Silva llora la muerte de su amada, amada que se piensa puede ser su hermana Elvira, probable fuente de inspiración de este poema: “Sentí frío; era el frío que tenían en la alcoba/ tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,/ entre las blancuras níveas/ de las mortuorias sábanas” (Silva 7). Rubén Darío también cantará la muerte de la mujer querida: “Y en una tarde triste de los más dulces días,/ la Muerte, la celosa, por ver si me querías,/ ¡como a una margarita de amor te deshojó!”. Rubén Darío canta al sino fatal de la existencia. Reflexiona sobre la muerte y sobre el mundo que ofrece placer y llanto en un mismo plato: “Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,/ y más la piedra dura porque esa ya no siente,/ pues no hay dolor más grande que el dolor de estar vivo,/ ni mayor pesadumbre de la vida consciente”. La vida consciente, la reflexión del poeta en torno a la muerte, permite descubrir la tragedia del tiempo y del destino, pero también suscita interrogantes que no pueden ser resueltos sino con nuevos interrogantes, que se mantienen en el plano de la reflexión poética y no logran dilucidar, sino cantar, dichos enigmas: “Y el espanto seguro de estar mañana muerto,/ y sufrir por la vida y por la sombra y por/ lo que no conocemos y apenas sospechamos,/ y la carne que tienta con sus frescos racimos,/ y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,/ ¡y no saber adónde vamos,/ ni de dónde venimos!”⁴.

Silva también se interroga sobre la existencia, sobre el nacimiento y la muerte, sobre la fugacidad del tiempo, sobre la naturaleza humana: “¿Qué somos? ¿A do vamos? ¿Por qué hasta aquí venimos?/ ¿Conocen los secretos del más allá los muertos?/ ¿Por qué la vida inútil y triste recibimos?/ ¿Hay un oasis húmedo después de estos desiertos?/ ¿Por qué nacemos, madre,

4 Ibídem.

dime, por qué morimos?” (Silva 35). Pero la respuesta es el silencio, lo que mantiene invicto el enigma y el interrogante en la mente del poeta: “La tierra, como siempre, displicente y callada/ al gran poeta lírico no le contestó nada” (Silva 35).

Ahora bien, Bécquer, al igual que Silva y Rubén Darío, también se pregunta adónde va lo que muere, que es esta vez el amor, pero que se extiende por analogía a la muerte en general: “Los suspiros son aire y van al aire./ Las lágrimas son agua y van al mar./ Dime, mujer, cuando el amor se olvida/ ¿Sabes tú adónde va?”⁵.

La respuesta vuelve a ser el silencio. El poeta la plantea, como inquietud suya, y la deja a consideración de la amada y del lector para que estos le busquen respuesta o por lo menos se planteen el interrogante.

Silva vuelve a plantear esta pregunta, esta quisicosa que lo quema, en su poema “Crisálidas”; de este modo formula la pregunta: “Si al dejar su cárcel triste/ la mariposa alada,/ la luz encuentra y el espacio inmenso,/ y las campes- tres auras,/ al dejar la prisión que las encierra/ ¿Qué encontrarán las almas?” (Silva 20).

La afinidad que existe entre la poesía de Silva y la de Bécquer es grande. Su estilo se acerca más al del poeta sevillano que al de Rubén Darío, por cuanto es sencillo y musical, y no recurre a la complejidad que se advierte en los poemas de Rubén; de hecho, Silva no alude a tantos términos propios del modernismo como piedras preciosas, sistros, animales fabulosos como sátiros, etc. Es una poesía un tanto más realista, sin dejar de tener toques oníricos.

En su nocturno más conocido, el poeta llora la muerte de su amada, mientras camina por una estepa solitaria. Y la sombra de su cuerpo se junta con la sombra del alma de su amada. Pero en realidad el poeta expresa que su pensamiento se junta con la amada, que la recuerda y al recordarla se está fusionando con ella. El camino que sigue el poeta es oscuro y solo está iluminado por la “luna pálida”. La noche es si-

Las influencias de Bécquer en Silva son grandes, aunque se diga que Silva es un poeta de corte modernista. Lo cierto es que su poesía abreva en los temas de Bécquer, como también en sus expresiones.

nónimo de muerte. El poeta siente el vacío de la ausencia de su amada, lo que connota frío o soledad: “solo y mudo/ por la senda caminaba/ y se oían los *ladridos de los perros a la luna*,/ a la luna pálida,/ y el chillido/ de las ranas” (Silva 7).

La expresión *ladridos de los perros a la luna*, es también empleada por Bécquer en su rima XXVI: “Mujer al fin del siglo diez y nueve/ material y prosaica... ¡Boberías!/ ¡Voces que hacen correr cuatro poetas/ que en invierno se embozan con la lira!/ ¡*Ladridos de los perros a la luna!*/ Tú sabes y yo sé que en esta vida/ con genio es muy contado el que la escribe/ y con oro cualquiera hace poesía”⁶.

Es posible, o quizá seguro, que Silva haya leído esta rima y le haya quedado sonando en su memoria la expresión señalada. *Las Rimas* de Bécquer fueron publicadas en 1871, un año des-

5 José Asunción, Op. Cit., p. 6 Bécquer; Gustavo Adolfo, Rima XXXVIII, en Op. Cit., p. 82.

6 Bécquer; Gustavo Adolfo, Rima XXVI, en Op. Cit., p. 77.

En su nocturno más conocido, el poeta llora la muerte de su amada, mientras camina por una estepa solitaria. Y la sombra de su cuerpo se junta con la sombra del alma de su amada.

pués de la muerte del poeta español. Silva muere en 1896, de manera que pudo leer las Rimas de Bécquer, y estas ejercieron gran influencia en el poeta colombiano. Silva, al igual que Bécquer, escribe sobre el amor, y sobre la herida del amor, como también sobre la muerte. Pero además hace poemas a animales a los cuales canta o alude Bécquer, como las golondrinas⁷.

Silva hace poemas sobre niñas que mueren, poniendo de manifiesto que la muerte está cercana a la juventud o viceversa; de esta manera, resalta los avatares del destino. La contraposición juventud–muerte se deshace para dar paso a una fusión entre ambas: en plena flor mueren las niñas. Silva así lo canta: “¡Bajad a la pobre niña,/ bajadla con mano trémula,/ y con cuidadoso esmero/ entre la fosa ponedla,/ y arrojad sobre su tumba/ fríos puñados de tierra./ ¡Aún sobre sus labios rojos/ la sonrisa postrimera;/ tan joven y tan hermosa,/ y descansa helada,

yerta,/ y está marchito el tesoro/ de su dulce adolescencia!” (Silva 19).

Bécquer también canta la muerte de niñas, haciendo referencia al cortejo fúnebre y al momento del entierro: “Cerraron sus ojos/ que aún tenía abiertos,/ taparon su cara/ con un blanco lienzo,/ y unos sollozando,/ otros en silencio,/ de la triste alcoba/ todos se salieron/ Del último asilo,/ oscuro y estrecho/ abrió la piqueta/ el nicho a un extremo:/ allí la acostaron,/ tapiáronle luego/ y con un saludo/ despidióse el duelo/ En las largas noches/ del helado invierno,/ cuando las maderas/ crujir hace el viento / y azota los vidrios/ el fuerte aguacero,/ de la pobre niña/ a veces me acuerdo”⁸. El ambiente de los velorios y del cementerio está presente en los poemas de Silva y de Bécquer. La muerte es silencio y es soledad, y el tiempo catapulta el olvido, haciendo borrosos los recuerdos “de lo que fue y ya no existe” (Silva 33). La lucha es infructuosa; el olvido triunfa, y la soledad viene aparejada con él. Silva y Bécquer saben que la soledad es la eterna compañera del hombre; soledad amorosa, pero también soledad que viene tras la muerte: “¿Vuelve el polvo al polvo?/ ¿Vuela el alma al cielo?/ ¿Todo es sin espíritu/ podredumbre y cieno?/ ¡No sé; pero hay algo/ que explicar no puedo,/ algo que repugna/ aunque es fuerza hacerlo,/ al dejar tan tristes/ tan solos los muertos!”⁹.

La pregunta sobre la existencia y sobre sus enigmas vuelve a hacerse en esta rima. Es una inquietud constante en Bécquer, como en Silva. Sus pensamientos son hondos. No se preocupan tanto por lo artificial, por lo que el hombre crea, como sí por el destino natural que corre, y que es abstruso.

Silva usa el verso para quejarse, para expresar el hambre que lo embiste. Hambre de lograr sus sueños, sus metas y deseos. La fructificación de sus amores. De toda aquella fortuna que le ha sido esquiva: “Anoche, estando solo y ya me-

7 Véase el poema "Las golondrinas", de Silva, y la rima LIII, de Bécquer.

8 Bécquer, Gustavo Adolfo, LXXVIII, en Op. Cit., p. 101.

9 Bécquer, Gustavo Adolfo, Rima LXXVIII, en Op. Cit., p. 101.



Tomada de <http://www.morguefile.com>

dio dormido,/ mis sueños de otras épocas se me han aparecido./ Los sueños de esperanzas, de glorias, de alegrías/ y de felicidades que nunca han sido mías” (Silva 20).

Silva presenta el amor como una necesidad y como la culminación de la felicidad humana; es la antípoda de la muerte, de la muerte artificial creada por el hombre y de la natural, de la cual es autora el destino. La mujer es portadora de belleza, pero esa misma belleza es un clamor, una voz que llama y busca a alguien para que la descubra y la posea: “el ritmo de tu paso, tu voz velada,/ tus cabellos que suelen, si los despeina/ tu mano blanca y fina toda hoyuelada,/ cubrirte como un rico manto de reina;/ tu voz, tus ademanes, tu... no te asombre:/ todo eso está, y a gritos, pidiendo un hombre” (Silva 42).

El amor, el placer que alcanza su cima en el goce de la carne, es momentáneo. Dura lo que dura el ser humano. Solo puede disfrutarse por un instante, brizna de tiempo. Es por ello más valioso y necesario aprovecharlo, sin atender a los refrenos de la razón o de los credos, ya que la muerte acecha como lobo hambriento: “¿Son sabios los místicos rezos/ y las humildes madrugadas/ en celdas tan solo adornadas/ con una cruz y cuatro huesos!/ ¡No, soñadores de infinito!/ De la carne el supremo grito/ hondas vibraciones encierra./ ¡Dejadla gozar de la vida/ antes de caer, corrompida,/ en las negruras de la tierra!” (Silva 22). El amor es una comunicación, un lenguaje. Mediante él se expresa el hombre y desnuda sus más profundos sentimientos: “Y en donde fuera en otro tiempo el nido,/ albergue

La poesía de Silva recuerda la infancia, la infancia como época ingenua y feliz por lo ingenua.

muelle del alado enjambre,/ pasaba en el espacio un escondido/ telegrama de amor, por el alambre” (Silva 23).

El amor es un juego. Y como tal requiere de pericia y engaño. El engaño es el anzuelo, es la pócima, el brebaje. La música es uno de ellos. La música que busca tocar el alma, que busca abrir la celosía del cuerpo. La celosía es la aprobación, la sonrisa que invita al amante a seguir en su lucha de conquista: “Tal vez la serenata con su ruido/ busca un alma de niña que ama y espera,/ como buscan alares donde hacer nido/ las golondrinas pardas en primavera” (Silva 13).

La poesía no solo surge del amor, también está presente en la vida misma. En paisajes que son poéticos, en visiones que impactan la memoria y desperezan el verso, que trota vivo en el campo: “¡Oh! mira cómo destapa/ la luna el bosque sombrío/ y, temblando, se retrata/ en los cristales del río” (Silva 40).

La poesía de Silva recuerda la infancia, la infancia como época ingenua y feliz por lo ingenua. Silva se siente lejos físicamente de la infancia, y por ello busca acercarse a ella desde el verso, desde el verso que la evoca; el verso que se hace canción dirigida a la infancia y a quienes quieran recobrarla con la memoria: “¡Aserrín!/ ¡Aserrán! / Los maderos de San Juan/ piden queso, piden pan;/ los de Roque,/ alfandoque;/ los de Rique,/ alfeñique/ los de Trique, trique, tran./

¡Triqui, triqui, triqui, tran!” (Silva 53). La infancia poblada de sueños y personajes fantásticos conmueve al poeta; la infancia es un territorio perfecto, de alegría inmaculada. El pasado contiene la vida. El futuro la angustia y la muerte: “La abuela se sonríe con maternal cariño,/ mas cruza por su espíritu como un temor extraño/ por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño,/ los días ignorados del nieto guardarán” (Silva 53).

Silva escribe asimismo poesía crítica. Poesía que pone de manifiesto males sociales, empleando el apuro de la ironía, o del sarcasmo. Ironía tácita, sarcasmo tácito, dichos de manera soterrada pero que punzan al lector reflexivo. Así, el problema del hambre, sinónimo de pobreza y también de mal gobierno, es expuesto de esta forma: “Eso es cuestión de régimen. Camine/ de mañanita; duerma largo; báñese;/ beba bien; coma bien; cuídese mucho:/ ¡lo que usted tiene es hambre!” (Silva 43).

La poesía de José Asunción Silva, si bien encuentra influencias en poetas contemporáneos suyos, y en otros anteriores, también sirve de inspiración a poetas futuros. De esta forma, la poesía de Jorge Luis Borges se relaciona en cierto sentido con la de Silva. En ambos se advierte la preocupación por el tiempo y la muerte. El hombre es fugaz como el aire. Como un sonido que se escucha y se pierde en el silencio: “Hecho de polvo y tiempo, el hombre dura/ Menos que la liviana melodía”¹⁰.

La poesía de Borges guarda nexos comunicativos con la de Silva. Parece que los textos de uno y otro dialogaran, o mejor, que los poetas se estrecharan en ideas o metáforas comunes. Silva escribe en su poema “Vejece”: “Las cosas viejas, tristes, desteñidas,/ Sin voz y sin color, saben secretos/ De las épocas muertas, de las vidas/ Que ya nadie conserva en la memoria”¹¹. Borges, muchos años después, escribe: “¡Cuántas cosas,/ Limas, umbrales, atlas, copas, clavos,/ Nos sirven como tácticos esclavos,/ Ciegas y extrañamente sigilosas!/ Durarán más allá de

10 Borges, Jorge Luis, poema “El tango”, en *Antología poética*, Ed. Tiempo presente, Bogotá, 1990, p.41.

11 Silva, José Asunción, poema “Vejece”, en *Antología de la poesía colombiana e hispanoamericana*, Ed. Panamericana, Bogotá, 1995, p. 102.

nuestro olvido;/ No sabrán nunca que nos hemos ido”¹². Las cosas, tanto para Silva como para Borges, son testigos del pasado, testigos silentes, testigos inconscientes; saben secretos que no pueden comunicar, tienen la virtud de no sentir, y así no pueden morir como los hombres, a quienes acompañan y sirven.

Otro poeta que es influenciado por Silva es Octavio Paz. La poesía de Paz tiene tintes, más que melancólicos, de zozobra frente al devenir humano, frente a su amargo destino. Es pesimista a veces: “De una palabra a la otra/ Lo que digo se desvanece./ Yo sé que estoy vivo/ Entre dos paréntesis”¹³. La vida es un sueño, una ilusión que se disipa; es tiempo, breve tiempo que pasa como el viento. Por eso el poeta está vivo entre paréntesis. Su muerte ya está escrita en el futuro, podría decirse que es un muerto en potencia.

Silva se suicidó en 1896 a la edad de treinta años de un disparo en el corazón. Pero su suicidio es una idea que venía alimentando desde sus propios versos: “Luego, desencantado de la vida,/ filósofo sutil,/ a Leopardi leyó, y a Schopenhauer,/ y en un rato de *spleen*,/ se curó para siempre con las cápsulas/ de plomo de un fusil” (Silva 46).

La muerte se muestra como salida al pensamiento, al pensamiento que revela la tragedia humana. Silva es un filósofo que piensa a través del verso, en él desarrolla sus ideas y reflexiones. Su voz es melancólica como la de Leopardi, y su razonamiento profundo como el de Schopenhauer, quien también reflexiona sobre la muerte. La muerte supone dejar de pensar, y dejar de pensar supone dejar de apurar el trago de la angustia de estar vivo y no poderse explicar el fenómeno de la muerte: “Pero el joven aquel es caso grave/ como conozco pocos:/ más que cuantos nacieron piensa y sabe;/ irá a pasar diez años con los locos,/ ¡ y no se curará sino hasta el día/ en que duerma a sus anchas/ en una angosta sepultura fría,/ lejos del mundo y de la vida loca,/ en un negro ataúd

de cuatro planchas,/ con un montón de tierra entre la boca!” (Silva 38).

Estos versos de Silva son antesala de su suicidio, el cual obedece, más que a sus penurias económicas, a su decaimiento interior; a la soledad que lleva a cuestras, derivada de la muerte de sus seres queridos (su padre y su hermana Elvira); pero sobre todo, obedece a su condición de pensador, de poeta que socava la existencia y la encuentra adversa, de poeta que siente curiosidad por descubrir el enigma que lo atormenta: adónde van las almas, adónde van los muertos cuando abandonan el cuerpo, crisálida del alma. Esto se pregunta el poeta y quizá con la muerte piensa resolverlo.

A pesar de su suicidio, a pesar de los poemas que lo invocaban o señalaban como ruta para cortar los pesares, Silva se muestra en contra de este pensamiento pesimista en otros poemas: “Hay demasiada sombra en tus visiones,/ algo tiene de plácido la vida;/ no todo en la existencia es una herida/ donde brote la sangre a borbotones” (Silva 21). La vida tiene pesadumbre, pero también alegrías y placeres, representados, por ejemplo, por la ternura materna, símbolo del amor supremo. La esperanza nunca debe cojear, es una luz en medio de la sombra.

Sin embargo Silva se suicida, como sabemos; pero su muerte no apaga su poesía. En cambio, esta empieza a arder con más fuerza. Su poesía es la poesía de la humanidad. En ella confluyen las voces de muchos poetas. La de los poetas que lee, la de los poetas que lo leen. Poetas pasados y futuros beben de su poesía, y él bebe de ellos, de forma consciente o inconsciente. Su poesía atraviesa siglos, se complementa, retoma viejos temas, asume nuevos, repasa metáforas, forja otras para enriquecer su universo. En sus versos que cantan al amor, a la infancia y la muerte, Silva está presente. Quizá su muerte fue ilusoria. Quizá no puede morir porque sus sentimientos como sus pensamientos, han cobrado eternidad al hacerse verso.

12 Borges, Jorge Luis, poema "Las cosas", en *Nueva antología personal*, Ed. Bruguera, Barcelona, 1980, p. 53.

13 Paz, Octavio, poema "Certeza", en *Antología de la poesía colombiana e hispanoamericana*, Ed. Panamericana, Bogotá, 1995, p. 319. ■